

te has constituido en mi bienhechora. Sí, ahora me conozco mejor que antes; y el que se ha servido de tí como instrumento de misericordia para conmigo, no se olvidará de recompensarte en un céntuplo. Una sola palabra diré en mi defensa, ó mas bien, en defensa de mi Señor. Ni por un instante supongas que lo que habias pensado de la religion cristiana no sea verdad. Ella revela un Dios presente, que satisface todos los afectos del corazon, y sin embargo, lo conserva puro. Yo sirvo á un Señor, continuó sonrojándose de modestia y ardor á medida que hablaba. Yo sirvo á un Señor, cuyo amor es mas intenso que ningun amor creado. ¡Dios me ayude en mi inconstancia! Pero jamás he tenido intencion de amarte como le amo á El. Estás destinada para su amor, y te confio á El, tu Señor verdadero, cuyo rival nunca hubiera debido ser, y por quien hubiera debido solo abogar. Aunque no soy digno de acercarme á tí, te seguiré á cierta distancia, ¿quién sabe hasta dónde? quizá hasta la prision y la arena de los que confiesan al Salvador de los hombres, y osan morir y padecer por su nombre. Ahora,

adios; te pongo bajo su proteccion y la de sus santos mártires.

Diciendo así, se dirigió á la puerta y dejó el cuarto, sin atreverse á mirar una vez siquiera á Calista.

CAPITULO XII.

El primer periodo del arrepentimiento no es mas que una fiebre, en la cual hay agitacion y sed, accesos de calor y de frio, terribles sueños, una prolongada oscuridad que parece destinada á no tener nunca fin, un esfuerzo sin resultado, un abatimiento sin reaccion. Estos síntomas se habian manifestado ya en Agelio; habló con calma á Calista, y se sostuvo por las exigencias del momento; pero, no bien salió del cuarto y se encontró solo, cuando perdió todo imperio sobre sí mismo, cayendo en una completa postracion, ó mejor dicho, en una anarquia de sentimientos tumultuosos. Entonces se presentaron á su espíritu multitud de espectros, no menos horribles y mas reales que los sueños de un delirante. Recordó el singular fa-

vor por el cual habia entrado en el gremio de la Iglesia cristiana, á tan tierna edad; los millares de personas que perseveraban en el paganismo en que habian nacido, y la entera insensibilidad con que correspondia al privilegio que se le habia dispensado. Comprendió cuánto debia exigirse de él, y lo poco que habia hecho hasta allí. Pensó en la parábola de la higuera estéril, y le pareció que una voz le preguntaba al oído, si no se realizaria en él. Inquirió de sí mismo, en qué se diferenciaban su corazón y su conducta de la condicion de un pagano virtuoso; y luego se representó á Calista, formando contraste con él, pues que habia empleado mejor el óbolo que poseía, que él todo su caudal. Vió á Tiro y Sidon levantándose contra él en la persona de la jóven; ó mas bien sintió que iba á verificarse en ella la profecía de que los extrangeros procedentes de lejanos países, tendrian asiento en el reino de Dios, mientras que se escluiria á los herederos naturales. Habia sido censurado por una persona á quien él hubiera debido enseñar á conocerse á sí misma y á arrepentirse, y que se habia resentido vivamente de

su falta de caridad, viéndose abandonada en la ignorancia y el pecado por uno que poseía lo que ella necesitaba. Por eso le habia acusado de ser bastante celoso para atraerla á sí, y nada para conducirla al seno de su Criador. Si Calista llegaba al fin á conocer la verdad, no le deberia ningun agradecimiento por tan dichoso cambio; sin embargo, aunque él lo habia predicho, ¿era probable que se convirtiese jamas? ¿No habia tenido su ocasion perdida por no saber él aprovecharla? Sí; la jóven habia renunciado deliberadamente y en términos formales á lo que habia deseado poseer algun dia; y si no se puede negar que lo habia hecho con tristeza, su persistencia en la repulsa seria tan firme como la que hubiera mostrado en conservar lo adquirido. Por otra parte, si moria en el paganismo, ¡horrible pensamiento! ¿la responsabilidad no seria suya? ¿Era este el amor que pretendia profesarle?

¿Por qué vivia? ¿cuál era su mision? ¿Estaban en la tierra para cultivar flores y árboles, alimentarse y ganar dinero? ¿Era época á propósito aquella para envanecerse de la hermosura de los vi-

nedos y olivares, cuando, como Elías, se encontraba solo en medio de una multitud de infieles? ¡Ah! ¿qué diferencia entre un santo y él! ¿De qué servía en el mundo? ¿Por qué no morir? ¿A qué amar la existencia? ¿A qué conservar la siendo tan miserable? ¿No haría mas renunciando á ella? Quizá le hubiese sido dada únicamente para que la sacrificase á Aquel de quien la habia recibido. No se habia atrevido á hacer una profesion de fé que pudiera conducirle á la prision y á la muerte; pero tal vez, en los decretos de la Providencia, el verdadero objeto de su vida, la verdadera razon de su nacimiento hubiera sido que, en cuanto fuese hombre, moriria por la verdad. Si hasta allí las enfermedades le habian respetado, sin duda era porque le aguardaba una muerte meritoria, y á fin de trasformar en acto de sacrificio lo que en el curso ordinario de las cosas no es mas que una necesidad de nuestra condicion. Su muerte podria causar la conversion de miles de personas, la de Calista; y el corto número de sus dias en la tierra le aseguraria una eterna bienaventuranza.

Ni se trataba solo de Calista; Agelio

tenia amigos naturales con títulos mas fundados á su caridad. Si se hubiese mostrado cual correspondia, quizá prevaleciera en el ánimo de su tío, ó á lo menos le enseñara á respetar la Fé y el Nombre cristiano, retrayéndole de intentar (porque ya estaba claro que aquello habia sido una tentativa) arrastrarle al pecado. Hubiera sembrado en el corazon de Jucundo una buena semilla, que germinara en la hora del peligro. Por otra parte, su hermano habia aprendido á despreciarle; y habia excitado en todos los que se le acercaban la sospecha de que no era verdaderamente cristiano, de que era un apóstata (palabra que le arrancó á pesar suyo un grito de dolor), apóstata de lo que constituía su vida real y su culto supremo.

¿Por qué no iria seguidamente á la Basilica ó al Gimnasio á proclamarse cristiano? Corrian rumores de que el nuevo emperador acababa de adoptar una nueva política tocante á la religion del Crucificado, y seria conveniente que la inaugurase en la persona de Agelio. ¿No lavaria de este modo su pecado? Le llevarian al anfiteatro, como se habia practicado con otros mejores que él; la

multitud aullaria, y se soltaria contra él al leon. Despreciaria el edicto y lo haria pedazos; el *apparitor* se apoderaria de él y le someterian al tormento ó á la accion lenta del fuego. Calista lo sabria, y se convenceria al fin de que no era el cobarde apóstata que se figuraba.

De repente sus ideas tomaron otro giro. ¡Calista! ¿Qué le importaba Calista para pensar en ella al decidirse por el martirio? ¿Debia ser ella quien estimulase su celo, y no esperaria mas recompensa que el elogio de aquella jóven? ¡Ay! ¿cómo ganar el cielo, proponiéndose agradar á una pagana? — Pero, ¿á quién, pues, continuó, dirigiré los ojos? ¿Dónde hallaré simpatía? ¿Quién me animará, quién me dará consejos? ¡Oh Padre mio, ten lástima de mí, débil niño, pobre oveja descarriada, que destrozan las zarzas y las espinas, sin que haya quien le cure las heridas y la vuelva al redil! ¿Por qué estoy solo en la tierra, sin pastor ni guía? ¡Ah! ¿no será por haberme quedado en Sicca? Ningun vínculo me une á esta ciudad, y acertaria yendo á Cartago, á Tagaste, á Madaura ó á Hipona. No me siento con fuerzas

bastantes para resistir por mí solo á la corriente del mundo; soy demasiado sencillo, é incapaz de desbaratar sus tramas.

Apoderose entonces de él otra idea, que no habia hecho aun mas que presentarse á su entendimiento, y tembló lleno de confusion y de terror.

— Me habian tendido un lazo, dijo; sí, mi tio y Ariston; y Calista ha estorbado que cayese en él.

Hablando así, conocia cuán grande era su deber hácia la jóven, y al mismo tiempo cuánto peligro habia para él en pensar en aquella deuda de reconocimiento. Sin embargo, justo parecia que rogase por Calista, la cual habia destruido el proyecto, cuyo principal motor querian que fuese. *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus*: la red estaba rota y él en salvo. Calista se habia negado á admitir su afecto, para que lo dedicase entero á Dios; y ahora solamente pensaria en ella y pronunciaria en voz baja su nombre, cuando se arrodillase ante la bendita Virgen María, su abogada. ¡Pluguiera á Dios que esta segunda Eva, mejor que la primera, pues que trajo la salud al mundo, mientras que nuestra

madre comun introdujo en él la muerte, retuviese el nombre de Calista en la memoria y lo hiciese inscribir en el libro de la vida!

Era mediodia; y Agelio, entregado á la mas viva agitacion, habia estado paseándose todo aquel tiempo, con la cabeza descubierta, sin cuidarse de los ardientes rayos del sol, ni saber adónde iba, ya paseándose de improviso, ya retrocediendo, con una idea vaga de que se dirigia á su casa. Las pocas personas que encontraba esparcidas acá y allá buscando la sombra de las casas altas ó los pórticos de los templos, le miraban asombrados, creyéndole sin duda loco. El ardor del sol no igualaba al de sus pensamientos ni al de la sangre que hervia en sus venas; pero, aunque no aumentaba la fiebre interior que le consumia, obraba de una manera horrible sobre su fisico. Llegó al Foro; la gente del mercado se habia guarecido bajo sus tiendas, ó á las sombras de sus cestas. La hez de la poblacion, que vivia de los pequeños recursos que podia proporcionarle su miserable industria, ó que se alimentaba con los robos de los géneros del mercado; multitud de hol-

gazanes que, á modo de brutos, no se movian hasta que los aquejaba el hambre, mscadores de opio medio imbéciles, chiquillos harapientos ó mas bien desnudos, aprendices de cortador y barrennderos de los templos, estaban echados á la boca de las cavernas abiertas en la escarpada roca, ó bajo el Arco de Triunfo, ó entre las columnas del Gimnasio y el Herácleo, ó en las puertas de las tiendas. Muchos mendigos, tendidos de espaldas, recibian la impresion de los rayos de un sol ardiente, sin temer las terribles enfermedades, los parasismos, las convulsiones y la muerte súbita que podian sobrevenirles.

De aquella variada multitud los mas dormian, mientras que los restantes miraban con ojos estúpidos la silenciosa escena ó los movimientos accidentales que la animaban de vez en cuando. Vieron así una figura que se iba acercando mas y mas, y que pasó junto á ellos con extraño aspecto. Justamente entonces Agelio salió de sus penosas meditaciones al oír á alguno decir, como si despertase del letargo que le embargaba: — ¡Ese es uno de ellos! Los conocemos á todos; pero son escasas

las ventajas que proporciona su servicio; ese, sin embargo, tiene mas que muchos otros. Hay pocos en Sicca.

En seguida el mismo individuo gritó:
— ¡Ten cuidado, joven! las Furias van tras de tí y las Parcas te preceden. Alza la vista para que veas al emperador, el cual te está mirando con tanto disgusto y acritud como pudieras desear.

Aludia á la estatua ecuestre de Severo, que se elevaba ante la Basílica, hácia la derecha; y Agelio, atraído por sus palabras, se dirigió á una tabla adherente á la base del monumento. Era un edicto imperial, y contenia lo que sigue:

“Cneo Trajano Decio, Augusto; y Quinto Herenio Etrusco Decio, César; Emperadores invencibles y piadosos; de comun acuerdo hacemos saber:

“Vistos los grandes beneficios que los dioses nos han concedido, y considerando que á su poder debemos la victoria ganada á nuestros enemigos, como tambien la salubridad de las estaciones y la abundancia de los frutos de la tierra.

“Reconociéndolos, por lo mismo, como nuestros bienhechores y dispensa-

dores de esas cosas tan necesarias á la república, decretamos que los individuos de todas las clases del Estado, libres y esclavos, militares y civiles, ofrezcan á los dioses sacrificios espia-torios y se prosternen ante ellos.

“Y si alguno osare desobedecer este nuestro divino decreto que promulgamos de conformidad, mandamos que se le cargue de cadenas y se le someta á varios tormentos.

“Si se le persuade por este medio á reprobear su desobediencia, le colmaremos de honores.

“Pero si persiste en su oposicion, primero se le atormentará de varios modos, y luego se le cortará la cabeza ó se le arrojará al mar, ó se le abandonará á merced de las aves de rapiña y de los perros.

“Sobre todo, se le castigará con doble severidad si profesa la religion cristiana.

“Salud, vivid felices.”

El viejo de la fábula llamó á la Muerte, y la Muerte acudió á su voz. Lejos estamos sin duda de pensar que Agelio hablase á la ventura ó sin intencion, al espresar hace poco su deseo de tener

ocasion de morir por la Fé; pero lo que veian en aquel momento sus ojos, y al través de ellos se trasmitia, sentencia por sentencia á su alma, no era ciertamente propio para calmar el tumulto que agitaba su corazon y su cerebro. Acometióle, pues, un vértigo y vaciló. Las palabras del edicto le parecian escritas con caracteres de fuego. El sol daba de lleno en su rostro; pero las letras estaban en el sol, y el sol en su cabeza; y como ésta se le anduviese, cayó desplomado, sin que los espectadores hiciesen el menor movimiento para ir en su socorro, contentándose con mirarle maquinalmente ó por mera curiosidad, y aguardar hasta ver si recobraba los sentidos.

Imposible le hubiera sido decir, cuando volvió en su acuerdo, el tiempo que habia permanecido en aquel estado; si realmente merecia considerarse que volvia en su acuerdo por el simple hecho de tener la facultad de moverse y el instinto de que necesitaba cambiar de posieion y dirigirse á un punto determinado. Logró levantarse y se apoyó en el pedestal de la estatua, cuya sombra le protegió durante todo aquel tiem-

po. Luego sintió un intenso deseo de encontrarse en su casa, y este deseo le comunicó momentáneamente una fuerza sobrenatural. Dejar á Sicca por su cabaña le pareció un deber, y se puso en camino. Tenia la confusa idea de que obraba bien partiendo seguidamente, sin mirar á derecha ni á izquierda, sin detenerse en parte alguna, y tratando solo de llegar á su verdadera habitacion. Pero pronto surgió en su entendimiento una nueva idea, imaginando que huia de la persecucion, lo cual estaba mal en él, que debia, por el contrario, arrostrar el poder del enemigo, ó á lo menos aguardarle con resignacion y sin esconderse.

Mientras que cruzaba las calles estrechas que conducian desde la colina á las puertas de la ciudad, esta idea le asedió hasta el punto de obligarle á sentarse en una piedra saliente que habia delante de una tienda, para deliberar si iria desde allí á constituirse preso. Aquel reposo le serenó algo, y se figuró que era efecto de la tranquilidad de conciencia, la cual provenia de su resignacion y del propósito formado de entregarse á sus jueces. La tienda estaba

abierta, y pertenecía á un frutero, quien, viéndole tan cansado, le ofreció algunas tajadas de sandía para que se refrescase. Comió una, y entonces volvió á acometerle un vago sentimiento de que se hallaba en peligro de idolatría, pareciéndole que debía protestar y no permanecer espuesto á la tentacion. Así, despues de pagar al frutero, continuó su marcha. Aquel rato de descanso, la frescura de la fruta y la constante sombra que la estrecha calle le proporcionaba, calmaron su fiebre, y reanimándole por el momento, pudo seguir caminando, aunque con bastante languidez. Sin embargo, el sol estaba aun muy alto en un cielo que no empañaba la mas leve nubecilla, y cuando Agelio dejó la ciudad se vió espuesto de nuevo al ardor de sus rayos. Con mucho trabajo subió la cuesta que conducia á su cabaña; y ya estaba casi á la puerta de ésta, cuando el esclavo anciano que le servia, cristiano como él, y que habia nacido en casa de su padre, salió á recibirle. A su vista se sintió atacado de vértigo, perdió otra vez el conocimiento, y cayó sin sentido en el suelo.

CAPITULO XIII.

Jucundo estaba satisfecho á la par que disgustado por el éxito de la delicada negociacion en que habia comprometido á su sobrino. Alegrábase al ver que el malogro de la empresa no debia, bajo ningun concepto, atribuirse á Agelio, el cual habia desempeñado su papel sin temblar, confirmándose de este modo en el juicio que tenia formado de la disposicion de espíritu del jóven. Agelio no le inspiraba, pues, temores; y aunque se habia engañado al prometerse su adhesion al actual órden de cosas, sin embargo, deduciase del curso del negocio que, aun sin esta adhesion, podia tener confianza en su sobrino. Por otra parte, faltaba saber si una jóven caprichosa como Calista hubiera sido capaz de proporcionarle alguna bien permanente. Es cierto que la idea absurda que la suponía inclinada al cristianismo, habia quedado desmentida por su conducta en aquella ocasion; pero ¿quién se fiaria en una Griega astuta y diestra en toda clase de artificios? Abundaban las sociedades secretas y las cons-